

REVISTA APICOLA

PUBLICACIÓN BI-MENSUAL

PRIMERA Y ÚNICA EN ESPAÑA

DEDICADA AL DESARROLLO Y PROPAGACIÓN DE LA APICULTURA MOBILISTA

FUNDADA Y DIRIGIDA

POR

D. Francisco F. Andreu

Por todo lo concerniente á la Redacción de la **Revista Apícola** dirigirse á D. Francisco F. Andreu Isabel 2.^a, 38.

Por lo relativo al servicio del periódico (abonos, anuncios, cambios de dirección, etc.) dirigirse á los Sres. Fábregues y Orfila, Infanta n.º 17.

OCTUBRE

La época de los grandes calores ha pasado ya, las lluvias han regado nuestro suelo y pronto nuestros campos cubriéndose de verdor darán algunas flores, especialmente la de *brezo* (*erica*). La miel de esta planta aunque de calidad inferior es muy apropiado para invernizar las abejas, y como en ciertas comarcas es muy abundante, no deja de tener importancia. Conviene tener mucho cuidado de las colmenas, pues, de una buena cosecha de otoño depende el que las colonias sean poderosas en invierno y estén en condiciones de aumentar más y más en la primavera siguiente dando una abundante cosecha. De lo dicho se deduce que es de todo punto perjudicial el ser demasiado codiciosos con el melífero insecto, pues, si se hace mucho uso del extractor en otoño podrían las abejas morir de hambre en invierno, lo que daría una idea muy desventajosa del apicultor.



En el artículo *Setiembre* ya advertimos que había llegado la ocasión para aquellos que quisieran instalar apiarios mobilistas, aconsejándoles también la manera de hacerlo que creíamos nosotros más conveniente; hoy añadiremos que todavía es tiempo muy especialmente si se trata de instalar el apiario comprando colmenas mobilistas.

Será de todo punto conveniente al apicultor en esta época del año el pintar de nuevo á las colmenas, pues, con el calor de estío habrá quizá alguna tapadera que haya secado demasiado y que presente alguna rendija por donde pueda introducirse el agua en las colmenas. El color más conveniente es el blanco y es el que nosotros usamos en nuestros apiarios.

A LOS PRINCIPIANTES

Visitó un colono varias veces nuestro apiario. Era inteligente, muy práctico en el manejo de las abejas, entusiasta en su afición al artístico insecto —en fin, todo un abejero, según el sistema antiguo.

Se quedó maravillado al ver nuestras poderosas y ordenadas colmenas, la facilidad con que las manejábamos, sus grandes cuadros de cría y miel; y al revés de lo que sucede con nuestros campesinos tan pegados á sus prácticas supersticiosas y rutinarias, declaró desde luego que pondría en práctica el nuevo sistema lo más pronto posible. En efecto, en seguida se procuró los chismes más indispensables, y al volver a su predio instaló dos ó tres colmenas móviles con el entusiasmo de un neófito.

Nos gustó grandemente su perspicacia y manera de obrar, procuramos que sus buenos deseos y su naciente entusiasmo no se estrellaran contra su falta de práctica inhexorable, y varias veces cuando vino á vernos nos esforzamos en ayudarle con nuestros humildes consejos.

El verano pasado le perdimos de vista. Puede ser que su con-

fianza en sí mismo le engañase, pues que pronto declaró comprenderlo todo ó casi todo — puede que se aconsejase con alguien que aun menos que nosotros fuese práctico en la materia — lo cierto es que despues de gastarse sus cuartos con duras penas adquiridos, ha sufrido, según se nos asegura, completo fracaso. Mal aconsejado probablemente y obrando con lijereza, púsose á fabricar colmenas de nuevo cuño sin poseer los debidos conocimientos, y el resultado no se hizo esperar.

Al principiar sus ensayos nosotros le aconsejamos que limitase su práctica (por grande que fuese) á un par de colmenas móviles, aumentando su *repertorio* con los enjambres que la misma naturaleza le proporcionaría sin gastos ni ruidos de cabeza. Sentimos en el alma que nuestro amigo no haya tenido á bien seguir nuestros desinteresados consejos. Verdad, el aprendizaje se paga y se paga generalmente por adelantado. Deseábamos evitarle este pago, pero no parece sino que cada cual, en este pícaro mundo, tiene que efectuarlo por cuenta propia.

Ahora, que los principiantes apliquen el cuento.

EN LA ISLA DE CUBA Y DEMÁS INSULAS



El señor Poppleton, regente del nuevo y estenso apiario de mons. Dussacq, isla de Cuba, nos dá en la Revista *Gleanings* una descripción del sistema antiguo de apicultura que allí rige, «para que sus lectores (del *Gleanings*) puedan formarse una idea aproximada de como se obtiene lo que se llama miel de Cuba».

Según su descripción del sistema, este es poco más ó menos el de por aquí, pues que dice que «las colmenas son como las en uso an la isla de Chipre y en la Siria... Sólo hay una particularidad, dice Mr. Poppleton, que en algo se diferencia del de aquellos países, y es que un extremo de la colmena queda siempre abierto en su totalidad.»

«Yo no pude ménos de reflexionar, añade, lo divertido que será esto el día en que se arme *robbing* ó saqueo. Afortunadamente ni aquí (isla de Cuba) ni en la Florida es el saqueo tan frecuente como en el Norte». ¿Si será porque la miel abunda más en los campos? pues que el saqueo sólo toma proporciones formidables durante la escasez de otoño.

Naturalmente el sistema antiguo se introduciría en el nuevo mundo con la llegada de Colón y de los padres descalzos que generalmente acompañaban á los conquistadores para convertir y civilizar á los infelices que se escapaban á las matanzas y violaciones de la soldadesca cristiana.

Pero lo que era muy natural en aquellos tiempos, no lo sería hoy día, por lo que suplicamos á los reverendos padres de Fuenterrabia que tanto se desvelan para civilizar á los habitantes de las Carolinas, por ejemplo, que si además de sus catecismos y predicaciones, se llevan allí colmenas modernas, escojan las del tipo británico, que tan buenos resultados están dando en *estas* islas.

Decimos esto porque nos consta que allá en el Norte de España hay partidarios acérrimos de las pesadas Dadant, de difícil manejo; y lo que sucedería con estas colmenas es fácil de adivinar. Algunas de las bonitas apicultoras de aquél archipiélago con duras penas lograrían manejarlas — lo que haría rabiar á los de Fuenterrabia y — en fin, convienen mas las inglesas. Si bien quizás los misionistas norte-americanos ya les lleven treinta ó cuarenta años de ventaja á los reverendos padres.

POBLACIONES FUERTES

(De nuestro inteligente corresponsal en Nueva-York)

Precisa insistir una vez mas sobre este asunto: «Las colonias fuertes y poderosas son las que rinden beneficio al colmenero.» No se pierda el tiempo tras colonias estenuadas, de población merma

da que por una ú otra causa es difícil repoblar. Lo que no tiene cura está destinado á perecer. Esto no quiere decir que por el mero hecho de ser débil una colonia no haya de intentarse robustecerla: esta teoría nos llevaría á descuidar los enjambres, los cuales con frecuencia se desarrollan de un puñado de abejas en potentes colmenas, sinó que cuando despues de infructuosas tentativas una colonia continúa en estado anémico, como presa de marasmo, procede, por via de remedio casarla con otra que contenga elementos de vida para desenvolverse.

Hay raza de abejas que tan luego de arrebatadas por el hombre de sus campestres é independientes albergues en las copas de los árboles ó en las hendiduras de las rocas, parecen perder algo de su laboriosidad para volverse despechadas y agresivas. Estas abejas una vez esclavas del hombre pasan la vida luchando con él, el acaparar la miel es entonces para ellas un objeto secundario hasta el extremo de estar semi hambrientas la mayor parte del tiempo. Contada es la colonia de esta clase de abejas que llega á ponerse fuerte, y tratar de beneficiarlas es poco menos que tiempo perdido.

En los países do abundan los insectos de todas clases se hace necesario, mas que en otros, que las colonias sean fuertes para resistir con éxito las agresiones del exterior. No pocos animales, grandes y pequeños, atraídos por el aroma delicado de la miel tratan con empeño de penetrar en las colmenas para comerse el dulce. El oso del bosque se lanza sobre las cajas y las destroza, el lagarto cuélase por la angosta entrada y la mosquita tiña se desliza sin ser vista para depositar los huevos en una celda vacía de desocupado panal. Hasta la misma avispa, codiciosa y abusiva de su fuerza, se lanza al pillaje trabando encarnizada batalla con las abejas en el mismo umbral de sus casas.

Pero exceptuando los animales mayores con fuerzas para volcar una caja, puede asegurarse que toda colonia fuerte y bien organizada se defenderá con éxito de los ataques de los insectos. De estos el más temible por sus destrozos en las ceras es la *tiña*. A la entra-

da de la noche, cuando el aire tibio no entumece aun los nervios de tanto insecto alado como puebla los espacios, un enjambre de mosquitas empieza á rondar por el frente de las colmenas; veces sin cuento se lanzan á la entrada semi protegidas por la oscuridad crepuscular, y otras tantas son rechazadas por las vigilantes abejas. Esta lucha continúa hasta muy entrada la noche á no intervenir la niebla, el rocío, etc. ¡Desgraciada de la colonia débil si por un descuido deja la entrada franca á este obstinado insecto! ¡desgraciada si no lo destruye en el interior de la colmena antes de que verifique su postura en un lugar retirado de la misma!—á los pocos días esa maravillosa y sabia estructura á que hemos dado el nombre de panal, se encontrará invadida por nauseabundos y hambrientos gusanos, protegidos por impenetrable envoltura, que hacen de la cera su más preciado alimento. Bien pronto sus excrecencias llenan el fondo de la colmena interceptando el paso de las asombradas abejas, y así, distraídas de sus imprescindibles quehaceres y privadas de poder llegar al depósito de la miel, sucumben al cansancio y al hambre precursores de la extinción de la colonia.

Por supuesto, el apicultor atento á sus intereses sabe perfectamente donde tiene en el colmenar las colonias débiles, las sospechosas y las enfermas, y con su vigilancia exquisita descubre sin dificultad los cambios que en ellas ocurren. ¿Invade la tiña terrible una colmena que carece del ganado suficiente para desembarazarse de aquella?, pues el apicultor sin pérdida de tiempo procede á la limpia de las cajas; saca fuera los panales invadidos cuyas abejas, si las hay pegadas, sacude dentro de la colmena, luego con un alfiler pica hasta matarlos, los gusanos posesionados de las ceras, y en este estado las traslada á una colmena fuerte cuyas abejas en un santiamén las tendrán perfectamente limpias, y las compondrán si estuviesen deterioradas. Pero esos traslados de panales ó cuadros, con este ú el otro objeto, nunca deben llevarse á cabo sin tener la seguridad absoluta que la colonia de donde se originan está perfectamente sana. ¡Cuán fatal sería propagar una enfermedad en

el abejar por un descuido ó imprudencia del apicultor!

Nuestra larga experiencia nos autoriza á decir que en ningún tiempo colmena en buen estado fué invadida por la tiña. Quizás en período alguno hace más falta que las colmenas dispongan de la necesaria fuerza como al despuntar la primavera, sobre todo si esta se presenta muy desabrida. Las abejas — nacidas en su mayoría el año anterior y exhaustas de fuerzas — mueren rápidamente, y si no quedar número suficiente en la caja para dar calor á la nueva cría, la colonia en estas circunstancias camina por la pendiente de su destrucción siendo muy difícil el salvarla. Para colmo de desgracia alguna que otra abeja madre sucumbe en este peligroso período. Este y otros inconvenientes se obvian manteniendo las poblaciones fuertes. — *T.*

Nueva York 8 de Setiembre de 1888.

Traducimos del *Revue Internationale d' Apiculture* de Nyon, Suiza, correspondiente al 31 de julio, la siguiente narración escrita por su eminente director, Mr. Edouard Bertrand:

AVENTURAS DE UNA REINA ESPAÑOLA

Durante una escursión que hicimos á un elevado *chalet* de la montaña, cinco cuartos de hora sobre el último pueblo del valle de Gryon, (1300 metros de altitud, al pié de los *Diablerets*.) recibimos una reina, cuya suerte nos ha causado por algunos momentos algún recelo, dado el mal tiempo excepcional que reinaba á su llegada.

Una mañana á las seis, el pequeño mensajero encargado de traer las provisiones y la correspondencia, llegó en medio de una lluvia torrencial, con una reina en su saco y una carta del señor F. F. Andreu de Mahón (Baleares) anunciándonos su amable envío.

La reina acompañada de una docena de trabajadoras, estaba muy bien acondicionada en una cajita Benton (véase *Conduite*, paj. 104). Deslizando una de las dos puntas de la cubierta, y metiendo en su puesto una lámina de cristal, se pudo ver el interior sin permitir la

salida á las abejas. Tres trabajadoras habían muerto; las demás y la reina, un poco entorpecidas á causa de su última etapa al aire frío sobre los hombros del mensajero, fueron bien pronto calentadas en nuestro bolsillo, donde las guardamos dos días esperando que se despejase el tiempo para bajar al pueblo. Durante la noche guardábamos la cajita entre nuestras ropas.

Por fin, al cabo de dos días y solo por algunos momentos cesó la lluvia, y bajamos á Gryon donde poseemos un pequeño apiario cubierto, y nos pusimos á arreglar una pequeña colmena de tres cuadros, para trasportar el enjambre destinado á recibir la reina. Mucho nos costó el hallar á la reina de la colonia que nos debía suministrar el enjambre. Las lluvias empezaron de nuevo, era intensa la niebla, y lo poco que restaba de día era interceptado por los árboles. Además, las colonias tenían una población enorme.

Hecho el enjambre, abrimos por última vez la cajita que contenía la reina española, hallando á sus habitantes completamente entorpecidos. Empezamos otra vez á calentar á las pobres viajeras é introducimos la reina al enjambre. Libertada la noche del siguiente día, empezó la posta dos días despues.

El núcleo (*la ruchette*) fué bajado á Bex en coche, trasportado de Bex á Villeneuve en carril, de Villeneuve á Nyon en bote, y de Nyon al Chalet otra vez en carril.

Para llegar á nuestras manos la reina cruzó el mar desde Mahon á Barcelona, atravesó la España, la Francia y la Suiza en camino de hierro, viajó en diligencia para subir hasta Gryon, y á hombros hasta nuestro *chalet*—todo por algunos céntimos. Nuestras gracias al señor Andreu».

El señor Bertrand añade que la dicha reina es muy parecida á las de aquel país, y que sus hijas que la acompañaron se parecen también á la raza común. «*Mais nous seróns mieux fixé par celles qui vont naître*».

La cosecha en la Suiza, como en Inglaterra y otras partes, parece ser malísima este año.